

Cincuenta números UNA pta.

Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2

No se devuelven los originales

EL ARCO desea a sus lectores un feliz año 1914 y a España políticos mejores que los que padecemos.

AÑO NUEVO

Las doce campanadas que sonaron anteanoche en el reloj anunciando solemnemente la entrada del tiempo en el año 1914, préstanse a graves reflexiones.

Si en tan supremos instantes hubiese sido dable contemplar a la humanidad entera, hubiéranse ofrecido a la vista del observador cuadros de singular contraste.

Aquí el religioso consagrando el tiempo a Dios, entregado a la oración y a la penitencia; allí el disoluto consumiendo su existencia en excesos y desórdenes; en otra parte un hombre que nace y en otra un hombre que muere.

Tal es la vida, o mejor aún: tal es la vida y tal es la muerte. Y cuenta que no nos referimos solamente al orden físico, sino también, y muy principalmente, al orden moral.

Aquel religioso que al mediar la noche abandona su duro lecho, eleva su corazón en alas de la oración y mortifica su cuerpo con asperezas y ayunos, es la expresión fidelísima de la verdadera vida moral. Por el contrario, el libertino que gasta su salud y sus fuerzas en el vicio y en el desenfreno, es la más exacta representación de la muerte moral del hombre.

Alguien ha dicho que el papel que el hombre representa en el vasto escenario del mundo consiste en nacer, vivir y morir. Nada más absurdo si se considera que el hombre es superior a los demás seres de la creación y que por lo tanto está llamado a más altos fines que los brutos animales. El hombre, según nos enseña el catecismo, ha sido criado por Dios para servirle en esta vida y después gozarle en la eterna.

Sea esta siempre nuestra doctrina, porque es la única verdadera.

¡Vamos a esperarlos!

Dichosos los niños que tienen caballo, que es tener la dicha de ser Reyes Magos!
Dichosos vosotros que vais a esperarlos, pues por tantos reyes seréis visitados!

Ya vienen, ya llegan...
¡Y cuántos! Y cuántos!...
¿Cómo habrá en Oriente tierras y vasallos,

mantos y coronas, tronos para tantos?
¡Qué trajes tan ricos!
¡Qué hermosos caballos!
¡Y qué pequeñuelos estos Reyes Magos!
¿Pequeños he dicho? pues dije un pecado; ¡no hay Reyes más grandes que esos de ocho años!

No traen escuadrones de bravos soldados, ni orgullo en el pecho, ni sangre en las manos ni órdenes terribles brotan de sus labios, ni al de la victoria trepidante carro misereros vencidos traen encadenados. Soldados de plomo, risas en los labios, risas en el pecho, dulces en las manos... ¡eso es lo que traen estos Reyes Magos que se dieron cita para conquistarnos! De Oriente vinieron vinieron mandados por aquel Rey Niño que a los hombres malos con el arma sola de Amor ha ganado, ¡esos son los Reyes que tendrán vasallos como el mar arenas, y la selva ramos, y estrellas los cielos y espigas los campos! ¡Vamos con vosotros, vamos a esperarlos! Todos esos Reyes de otros son vasallos, de otro que les manda que vengan a daros dulces y juguetes, y besos y abrazos. ¡Que vengan, que vengan, que van a enseñaros que ellos y vosotros de Amor sois vasallos, ¡vasallos del Cristo que es de Amor dechado!

¡Dichosos los ricos que tienen caballo, que es tener la dicha de ser Reyes Magos!
¡Dichosos vosotros que vais a esperarlos, que es ir a un convite de dulces y abrazos!

J. M. GABRIEL Y GALÁN

Después del mitin

Aquella tarde Cristóbal estaba más decididor y expansivo que de costumbre. A no constarle a don Salvador, su amo, que el mozo sentía natural aversión a la taberna, que de seguro no había pisado dos veces en toda su vida, hubiera creído que llevaba algunas copas de más en el cuerpo. Tal era su locuacidad y regocijado humor aquel día.

—¿De modo que estuviste en el mitin?—preguntóle don Salvador, tomando asiento en una amplia silla de mimbres a la puerta de la granja.

—Sí, mi amo, Juntóse con algunos

camaradas que me dijeron: ¿Quieres oír una buena prédica? Vente con nosotros al pueblo y oírás cosas que te han de dejar pasmado y allá fuimos, y, a fe que la acertamos. Nunca ví más gente reunida ni oír decir cosas tan lindas cosas que decía aquel señor que de la ciudad vino a echarnos su plática.

—Bueno ¿y qué es lo que os dijo?—interrogó el amo afablemente, gozándose en la charla ingenua del mozo.

—Mire usted, mi amo, yo soy rudo y no sé explicarme; pero le aseguro a usted que todos escuchábamos con la boca abierta aquello de que todos ricos y pobres, somos iguales... que el sol de la libertad comienza a alumbrar el mundo, que hasta ahora ha estado envuelto en la noche de la tiranía... que la bandera de la libertad cobijará muy pronto bajo sus pliegues a todos los hombres, haciéndolos hermanos... ¡qué sé yo!... una porción de cosas que la gente aplaudía a rabiar y que a todos se nos entraban en el alma como una luz, como una llamarada, como una música deliciosa...

—Y ese señor os habrá dicho, naturalmente —interrumpió don Salvador—que todo eso se debe a la religión, a los curas, a la iglesia ¿no es verdad?

—No, señor; todo lo contrario. De la iglesia, de los curas y de la Religión ha hablado perrerías, echándoles la culpa de todos los males que padecemos los trabajadores y los pobres.

—Pues mira, Cristóbal, ese hombre os ha engañado miserablemente, y mentido con el mayor descaro, abusando de vuestra credulidad, ignorancia y sencillez.

Y como el pobre mozo dejara asomar a su rostro anguloso y moreno, tostado por el sol y el aire de los campos, un profundo asombro, mezclado de cierta incredulidad, don Salvador continuó cariñosamente:—Os ha mentido, sí, y os ha engañado, no lo dudes. Y si no contéstame a lo que te voy a preguntar: ¿No se te trata a tí en mi casa con bondad y dulzura? ¿no eres libre para contratar conmigo tu palabra mediante una remuneración equitativa, pudiendo dejar de servirme cuando te plazca o te venga en gana para ir a buscar en otro sitio mejor colocación y empleo? ¿no eres dueño de tu casa, donde tienes seguro el respeto de tu mujer y el cariño de tus hijos? ¿no eres libre de tus acciones, siempre que éstas sean honestas y buenas, y no estás amparado por las mismas leyes sociales y religiosas que el más rico y poderoso de la tierra?

—Todo eso es cierto, señor; pero, según nos han dicho en el mitin, esas y otras ventajas las debemos a la civilización, al progreso moderno, que nos han traído o están trayéndonos los hombres que combaten a la Religión y a la Iglesia.

—Allí está la mentira y el engaño. La libertad, la igualdad y la fraternidad verdaderas no las han discurrido ni inventado esos hombre, sino que nos las enseñó Jesucristo, o si quieres para que lo entiendas mejor, los curas y la Iglesia, que lo aprendieron de Jesucristo. En fin, para que puedas formarte una idea clara de esto, te diré solamente que si en vez de vivir ahora, en estos tiempos en que hay curas y religión cristiana e Iglesia católica, te hubiera tocado nacer y vivir cuando todo eso no existía, tú no serías hoy más que lo que es el buey con que aras o la bestia que te sirves para llevar la carga o realizar tu trabajo. Latigazos y malos tratos serían la recompensa y galardón, sin tener ni aún el derecho de la protesta y de la queja. No te pertenecerían ni tu mujer ni tus hijos. Ante la ley serías un objeto más, como el asno que se vende, el árbol que se corta, o el guiñapo que se arroja a la basura. Nadie reconocería en tí ni la condición de hombre ni el privilegio de ciudadano. Tu vida sería un perpetuo atropello y un tormento continuado. Y cuando la vejez o la enfermedad te hiciesen inútil para el trabajo, la sociedad te arrojaría lejos de sí como se arroja una cosa repugnante, inservible y molesta.

—¿Es posible, señor?—interrogó Cristóbal, espantado de lo que estaba oyendo.

—Posible, no; seguramente cierto—contestó D. Salvador. Eso que te digo ha sucedido siempre y en todas partes, donde no se conoce a Jesucristo, donde no hay curas ni religión cristiana, donde no se reza al *Padre nuestro*... ¿Tú te has parado alguna vez a considerar lo que significan y encierran estas dos palabras? Mira, Cristóbal, cuando, dirigiéndonos a Dios, le decimos *Padre nuestro*, confesamos y declaramos que Él es Padre de todos, de pobres y de ricos, de humildes y poderosos, de sabios y de ignorantes, y por consiguiente, que todos somos hermanos, todos iguales ante Él; todos libres con la libertad de los hijos de Dios. ¿No es así? Pues bien, fíjate en que con esas dos palabras tan sublimes, tan dulces, tan consoladoras, no las han inventado los hombres de hoy ni los hombres de ayer, sino que brotaron por primera vez en el mundo de los labios de Jesucristo, nuestro Redentor, y recogidas y conservadas por la Iglesia, repetidas a coro todos los días, a todas horas y en todos los momentos por millones y millones de lenguas, desde un confín al otro de la tierra, han constituido y constituyen la base de todos los códigos de la igualdad, de la libertad y de la fraternidad humana. ¡Ah! —prosiguió D. Salvador—y no olvides que si un día, de pronto, cesaran de